

POSTALES DEL AGUA

1. EL AGUA SIEMPRE ESPERA

El agua siempre espera. No hay urgencias.

Sabe que hasta su falda

acudirá la luna a columpiarse,

el lagarto a beberse su sed a bocanadas,

a rizar sus cabellos la tormenta

o el pájaro asombrado

a dejar en su espalda sus pasos de ballet

como cuchillos...

Nunca será la soledad coartada

y el tiempo, en sus entrañas, pasará

-como el sol, el silencio o el beso de los años-
de puntillas.

El agua siempre espera inmarcesible, férrea;
tiembla, acaso tiritita,

si unos ojos se miran en su azogue

o ante la hoja vencida. Desnuda nos aguarda

siempre deshabitada y siempre virgen,

ella que es fronteriza y no conoce

banderas envolventes, límites ni fronteras,

más colores que los del arco iris.
El agua siempre espera,
tan solo se estremece ante el asombro
de los ojos abiertos, como abrazos,
como gotas de fuego -ya sin luz y sin sed,
pecio ya abandonado y sin salida-
que le dejan, por siempre, sus ahogados.

2. VOCACIÓN DE OLVIDO

Cada torrente arrastra vocación de olvido.
Silencio concentrado entre las cañas
que ponen a la vida y al paisaje
la rúbrica invisible de lo efímero.
Es pródigo –y es hijo- del eco y la tormenta,
y cuando la avenida
regresa a la razón que lo sostiene
(porque es hijo y es pródigo)
se abraza a los carrizos con denuedo,
besa el mirto con fuerza hasta arrastrarlo,
y homicida devora las adelfas.
Es soledad, dormido, en el estío
pero brotan veneros de pandoras
cuando el cielo se rompe y, presuroso, abraza
con su lengua letal a los silencios.

3. TACTO DEL AGUA

Porque el tacto del agua
es lo más parecido al desapego:
se escurre o se evapora al tomar nuestro cuerpo
lentamente para no hacernos daño.
No es como el sol que hinca
sus labios sudorosos y tan turbios
sobre la piel desnuda
y se queda dormido y nos incendia
con su aliento de miel abandonada.
El agua, sin embargo,
acaricia como si amante trémulo
dejándonos su beso de emigrante.
(Incluso algunas veces nos ahuyenta las moscas
o nos regala un pez).

4. NORIA

La noria ya no llora,
sus cangilones secos
son cuencos de abandono
donde brota el silencio.

5. GÉNESIS DE LA SED

No es sinónimo sed de oasis o sequía,
no es la falta de lluvia lo que pinta
con cárdenos destellos
los labios agrietados del sediento
ni lustran las ojeras del ahogado
con barro. La sed es otra cosa,
no solo está en las bocas ni en la ausencia
del agua en los cristales;
ni siquiera la nieve es garantía
de quien busca en el agua su frontera,
del que ama el naufragio.

Hay sedientas caricias
y manos donde nunca llegó la plenamar,
ojos que sin el brillo que pinta el oleaje
solo miran distancias y son cierzo.

Y hasta los dedos fríos del rocío
lejos de ser refugio, son lágrima incendiada.

La sed no es aridez, es otra cosa.

La sed es agua rota,
relámpago que ciega ventanas y esperanzas
y no acaba saciándose
bebiendo hasta el hartazgo.

Y no hay término medio en sus ojeras,
no hay anaqueles
que le presten asilo a la sequía.

Las sed es otra cosa,
tiene ojos de pantera malherida
y ama los holocaustos porque en ellos
maquilló sus ojeras y busco la alianza
que imponen los silencios.
Es una muerte a plazos.
Y es que a veces la sed
nos acaba matando más que el tiempo.

6. EPIGRAMA EN LA CIUDAD DEL RÍO PRISIONERO

Los hombres fueron, sí, los que quisieron
apresar mi cintura en sus ciudades.
Perdónales, Señor de las Tormentas.
Perdónales. No saben lo que hacen.